

## Don Juan Valera y el indianismo romántico brasileño

A mediados de 1853 don Juan Valera dejaba Río de Janeiro después de casi dos años como secretario de la Legación Española ante el Imperio del Brasil. De vuelta a Madrid, Valera pasó a publicar, en la *Revista Española de Ambos Mundos*, algunos artículos sobre el país donde había vivido, en especial sobre su literatura. Reunidos bajo el título de *De la poesía del Brasil* (1855), esos artículos forman un ensayo que hace de Valera uno de los más antiguos anunciadores de la autonomía de las letras brasileñas.

Su anuncio podía entonces considerarse polémico. Como procuramos resaltar en otro momento, sólo un poco más tarde se plantearía abiertamente el debate sobre la identidad literaria del Brasil. La ocasión de tal debate fue la publicación del poema épico *A Confederação dos Tamoios* (1856), del poeta y diplomático Domingo José Gonçalves de Magalhães (1811-1882). Su autor, hasta entonces considerado el mayor nombre de la poesía de su tiempo, desde 1836 había introducido entre los brasileños las innovaciones del gusto romántico, al adoptarlas en los poemas titulados *Suspiros poéticos e saudades*. Pero su poema épico de 1856, aunque tratara de un episodio de la historia colonial brasileña (la confederación de las tribus de los indios tamoyos contra los portugueses), a muchos les pareció un retroceso estético. Lo censuraban, entre otras cosas, por superficial y frío, al crear imágenes indígenas y, además, por retornar a los preceptos de la tradición neoclásica. De ahí la llamada «Polémica de la *Confederação dos Tamoios*», en la cual, por medio de un gran debate periodístico en Río de Janeiro, se expresó plenamente la autonomía literaria del Brasil. De la polémica resultó, asimismo, en el Brasil —y esto es lo que ahora nos ocupará— la afirmación de la literatura de temática indígena, el llamado «indianismo literario», con el que se consolidaría definitivamente el romanticismo brasileño.

Valera pasa por Río de Janeiro precisamente en las vísperas de aquella profunda transformación de la vida literaria brasileña. A un observador distraído, en ese momento de transición, le habrían escapado los indicios de la renovación inminente. Sin embargo, el ensayo de Valera no deja de registrar señales preanunciadoras de la gran polémica sobre el indianis-

mo. Y, bajo este aspecto, el cuadro que delinea del desarrollo de la literatura brasileña revela inesperada lucidez.

Son notables, desde luego, los límites cronológicos entre los que sitúa el desarrollo de aquella literatura americana. Valera, que reconocía haber llegado en su tiempo la plenitud de la autonomía literaria del Brasil, estableció el siglo XVIII como punto inicial de un proceso autonómico marcado por la creciente afición a los temas brasileños. Hubo, sí, escritores más antiguos en aquel país, pero, dice Valera, «la poesía no comenzó a florecer en el Brasil sino cuando ya en Portugal empezaba a decaer y a perderse en las extravagancias del culteranismo, extravagancias que vinieron imitando los brasileños hasta mediados del siglo XVIII»<sup>1</sup>. No debe parecer demasiado severo este juicio estético sobre la poesía del siglo XVII. En nuestros días, uno de los grandes estudiosos de la literatura brasileña, Antonio Candido, deplora la «deturpação» artística del «Cultismo português na sua fase final», y añade que el justo aprecio actual por la literatura barroca no tiene por qué confundirse con la exaltación de mediocres «versejadores e retóricos»<sup>2</sup>.

Prescindiéndose de la evaluación estética del barroco, lo que no se puede en todo caso negar es que hasta el Setecientos la literatura brasileña se había mostrado embrionaria, representada por algunas obras dispersas (aunque a veces extraordinarias, como la del poeta Gregório de Matos). Solamente a partir del siglo XVIII se alcanza entre autores y lectores la densidad literaria suficiente para el avance decisivo en el camino hacia la madurez. Fueron precisamente algunos de estos escritores del Setecientos los que, en palabras de Valera, «abrieron nuevo camino a los ingenios americanos, y dieron origen a la moderna poesía brasileña, la cual, después de la proclamación del Imperio, ha tomado su carácter propio»<sup>3</sup>. Como se percibe, entre el siglo XVIII y el inicio del siglo XIX (la independencia del Brasil se remonta a 1822), Valera encuentra el período crucial de formación de la literatura brasileña. También a estos límites cronológicos se aproximan los establecidos por Antonio Candido, para quien el proceso formador de la literatura brasileña sólo se hace continuo hacia mediados «do século XVIII, adquirindo plena nitidez na primeira metade do século XIX»<sup>4</sup>.

Aun dentro del período en que va desarrollándose el carácter nacional de la literatura brasileña, no todos los escritores interesan a Valera. Dice su ensayo: «Varios poetas líricos del siglo XVIII se levantan y viven por

<sup>1</sup> «De la poesía del Brasil» (PB), en *Obras Completas de Juan Valera*, tomo II, Madrid, Aguilar, 3ª ed., 1961, p. 36.

<sup>2</sup> Antonio Candido, *Formação da Literatura Brasileira*, vol. I, Belo Horizonte, Itatiaia, 6ª ed., 1981, p. 77.

<sup>3</sup> PB, p. 37.

<sup>4</sup> Antonio Candido, *op. y vol. cit.*, p. 25.

la elegancia, primor y tersura de las composiciones; pero pocos por la originalidad de ellas»<sup>5</sup>. En este juicio ya despuntan elementos de análisis que serán fundamentales en *De la poesía del Brasil*: sólo la coincidencia entre la perfección formal y la capacidad innovadora hará grande a un poeta brasileño. En este ensayo, como se verá enseguida, tal capacidad innovadora, tal originalidad, corresponde a la adopción de la temática y de las imágenes del Brasil. Lo que a Valera le parece empobrecer la esmerada lírica del Setecientos brasileño es, precisamente, la incorporación de los preceptos de la Arcadia Lusitana, la sumisión a módulos europeos. El arcádico brasileño, dice Valera, «trasladaba su espíritu a las márgenes del Mondego o del Tajo y se olvidaba de todos los portentos del Brasil; por eso, extraviado el poeta con los resabios de la escuela, quería subir al Pindo y no se acordaba de la sierra de los Órganos; describía el valle de Tempe y no el de las Amazonas; hablaba del pastor Alfesibeo y no del indio Caitutú; se enamoraba de Filis o de Nise, pastoras griegas o lusitanas; y celebraba, por último, el canto del ruiseñor y no oía nunca los del sabiá y del gaturamo»<sup>6</sup>.

Al describir la oposición entre la portentosa naturaleza del Brasil y la voz escasamente original de los poetas del Setecientos, Valera indica algunas figuras particularmente significativas: en primer lugar, el indio Caitutú, o Caititú, personaje de uno de los poemas que luego comentaría, el *Uruguay*, de Basilio da Gama; después, el «rival» arcádico de Caitutú, el pastor Alfesibeo, enamorado de Nise; por último, el «sabiá», pájaro que se tornó símbolo del romanticismo brasileño, gracias a aquél que Valera llama el «célebre poeta *Gonçalves Dias*»<sup>7</sup>. En fin, como he dicho, en las imágenes y en los temas nativos Valera procura la *originalidad* caracterizadora de la poesía del país. Y no se llegaría a una poesía original mientras el jefe indígena Caitutú y sus guerreros no expulsaran del Brasil al pastor Alfesibeo y a la pastora Nise, mandándolos para siempre de vuelta a la Arcadia.

La búsqueda de lo genuinamente nativo llevaría a Valera a identificar en el indianismo el eje del desarrollo literario brasileño. Fue lo que le permitió fijar con claridad los criterios adoptados en la elección de los poetas que incluye en su ensayo. Así, al anunciar que pasará al examen de algunos de ellos, Valera, con palabras en parte ya citadas, afirma lo siguiente:

«Pero dejando de nombrar y de clasificar otros poetas brasileños que florecieron en el siglo XVIII [...] diremos sólo de tres poetas épicos que [...] separándose más que los líricos de la imitación de los poetas de

<sup>5</sup> *PB*, p. 36.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> *PB*, p. 35.

Europa, abrieron nuevo camino a los ingenios americanos y dieron origen a la moderna poesía brasileña [...]»<sup>8</sup>.

*Originalidad, nuevo camino*: palabras como «indianismo» y «romanticismo» todavía no se habían afirmado en las lenguas ibéricas, pero Valera presentía la necesidad de expresiones que tradujeran lo que le parecía el hilo conductor de la transformación de la poesía brasileña. Y mientras la poesía lírica se mantenía subordinada a la Arcadia convencional, en la poesía épica le parecía que se manifestaban las primeras señales de la deseada originalidad. Afirma el ensayo:

«Ya hemos dicho que los primeros poetas brasileños, ligados por los preceptos y las tradiciones de la escuela, no pudieron ni supieron ser sino meros imitadores, y que donde brilló al cabo la verdadera originalidad de la poesía brasileña fue en la epopeya, a la cual, como demuestran Camões, Sá y Meneses, Musinho-Quevedo [*sic*] y otros mil, el genio de los portugueses era más inclinado y dispuesto que a ningún otro género de poesía»<sup>9</sup>.

Las líneas que se acaban de citar dejan claro que, según Valera, el «genio de los portugueses» se transmitió a los brasileños, cuya epopeya sería heredera de la de Portugal. La idea es, a primera vista, extraña en quien se empeña en demostrar *la verdadera originalidad de la poesía brasileña*. Pero, después de un extenso *excursus* sobre la posibilidad de una epopeya moderna, añade Valera este esclarecimiento significativo:

«En cuanto a los portugueses y modernos brasileños, ya sabemos que escogieron la forma épica para cantar las hazañas y casos americanos, que, contados así, más que poemas parecen crónicas o novelas rimadas, sin negar por eso que encierran mucha poesía, como ahora vamos a ver, aunque más bien está la poesía en la belleza de las descripciones y en la novedad de los objetos que se describen, que no en los caracteres que se trazan, ni en los sucesos que se cuentan»<sup>10</sup>.

O sea para Valera, no es en la narración (en la épica, propiamente dicha) donde esos poetas alcanzaron la belleza sino en las descripciones, en la novedad de los objetos que se describen. Y esta afirmación, al contrario de lo que parece a primera vista, sólo puede aplicarse a los portugueses en la medida en que tales se consideren los escritores brasileños coloniales. Efectivamente, tanto *Os Lusíadas* de Camões, como las obras de sus imitadores del Seiscientos, *Afonso Africano*, de Sá e Meneses, y *Malaca Conquistada*, de Mousinho de Quevedo, cantan empresas asiáticas y africanas y no *hazañas y casos americanos*. Estos serían temas

<sup>8</sup> PB, p. 37.

<sup>9</sup> Ibidem.

<sup>10</sup> PB, p. 38.